

Perfiles

Ablanedo, el futbolista alfabetizado

Luis MEANA

HASTA que llegó la posmodernidad, el fútbol era un reino para rústicos, de profos rudos e incultos, el último resto de propiedad que la gente fina había dejado, por desinterés o por desprecio, a los zoquetes. Sencillamente, el fútbol no era fino. Gracias a eso, se había convertido en una especie de sociedad sin clases en la que reinaba la hermosa igualdad de los analfabetos y la consoladora anarquía de los caminos. Del futuro suegro de Ablanedo, por ejemplo, Mr. Brillantina, nombrado entonces Alvaré, no se resaltaban sus cualidades de ariete sino sobre todo que tenía estudios. Lo que allí quedaba como una «contradicción in terminis». Es verdad que el campo tenía tribuna y graderío, y es verdad que en la tribuna había ya gente que tiraba de buen puro, pero esos no pasaban de ser también tarugos de la subespecie «suerte y billettera». Desde que llegó al fútbol la serpiente de la posmodernidad, los estadios dejaron de ser el paraíso, los de general perdieron la inocencia y se dieron por primera vez cuenta de que estaban desnudos. Se acabó ahí la igualdad, la libertad y el anarquismo. Y se instauraron para siempre clases. Desde entonces, el fútbol se ha convertido en una extraña estructura piramidal, en cuyo vértice se sientan una rara y elevada clase de levitas: los nuevos filósofos. Estos talentos atómicos no dejan a los de la billettera abrir el pico más que para dar caladas, y ya no se atreven a hacer las explicaciones causales, a las que antes estaban y estábamos acostumbrados, como la de que un extremo es miedoso y maricón, o la de que un central, de quien siempre se espera que sea un cacique, entra afeminado, por si se les ve la ignorancia y la dehesa. Todo eso ya no vale porque no es científico.

El gordo y la palma

Tras cien años de ver fútbol, con puro y todo, no les queda más salida que el chitón y esperar a que los sabihondos abran la compuerta de su intelecto, es decir, la boca, y les relaten la filosofía de la sospecha que ellos ignoran. De esos levitas viene esa moda organicista que hay ahora de tocar el órgano. Y de tocarlo de todas las maneras posibles. Gracias a esos finos intelectos, las redes son como una vagina o como un fluctuante beso de la mujer araña, el defensa central es un tótem o un tabú, según le dé ese día la gana al inspirado, el entrenador es el padre, el árbitro un demiurgo, y así va recibiendo, sucesivamente, cada cual su merecido, sin excluir siquiera al pobre masajista. En esta borrachera simbólica, mayormente freudiana, la portería y el portero se llevan siempre, y sin dar mayores explicaciones, el gordo y la palma. Son la obsesión neurótica de estas «vedettes». Según uno de esos finos pensadores, la portería es el órgano femenino donde se realizan las consumaciones, y el portero una madre que guarda la virginidad del marco. El guardameta es matriarcal y fausto, vive el gol como una castración castrante, o como una violación. Según otro escribano, famoso por contarnos cómo se aburre un escritor a media tarde, el portero es el miedo al penalty, que, a su vez,

es como un fusilamiento.

Todos los estados naturales llegan, primero o después, a su fin. Y el fútbol no iba a ser una excepción. Lo mismo que el 19 decidió la alfabetización de los individuos, el 20 decidió la alfabetización de las actividades. Los colonizadores culturales decidieron un día que había llegado el momento de la alfabetización del fútbol. Así pasó de ser una cultura oral a ser una cultura escrita. Durante mucho tiempo, el fútbol fue una actividad marginada del sacro imperio de la cultura. Un deporte que recordaba, por línea directa, el músculo y que, por esencia, entroncaba con las costumbres, tradiciones y valores de las clases más proletarias de la revolución industrial inglesa. Digase ahora lo que se quiera, los «hooligans» son la pervivencia residual de ese origen y de ese pasado, son el producto natural de un deporte que no puede ocultar, en el fondo, ni su origen de lucha social, ni su identidad e identificación con una determinada clase, ni que se le note que la sociedad actual se ha convertido en demasiado fina para su rusticidad propia y originaria. El fútbol tenía las virtudes y defectos propios de todo analfabetismo: la potente y anárquica capacidad inventiva del analfabeto, su sagacidad y despabilamiento, y su resistencia. A esa ingeniosidad hay que apuntarle logros retóricos tan brillantes como el de llamar «mandarinas venenosas» a los jugadores del Dundee United, el dicho tan querido en el boxeo de «no les des en la cabeza que está estudiando», o aquel grito del Metropolitano «venga Tamayin, da-y en les pates y pisa-y les rayes». Un buen día la sociedad adulta determinó que había que convertir el fútbol en una actividad socialmente presentable. Desde entonces, el fútbol se llenó de alfabetos y los periódicos de sumos sacerdotes culturales. Cuyo único deseo profundo es, como la de cualquier tenorio, desvirgar vírgenes, apuntarse una rayita en la lista de conquistas, y darse el gusto de lucir públicamente el intelecto. El fútbol pasó así de ser propiedad de las clases rudas a ser propiedad de las clases superiores, especialmente de una clase sacerdotal levítica, extremadamente jeroglífica, en cuya cumbre hay un sumo sacerdote: el nuevo filósofo del balompié.

Centímetros de menos

Sea o no cierta la teoría de J. Puente, que afirma que, cuando un portero se convierte en figura de un equipo, es que hay crisis, y que esa crisis es más grande y declarada, según la posición de la figura en el campo va retrocediendo: en el Sporting, por ejemplo, la figura fue primero Quini, un delantero, después Maceda, un defensa, y ahora Ablanedo, un portero. Al margen ahora de la verdad o falsedad de la teoría, en Ablanedo se simboliza algo mucho menos coyuntural: se simboliza la llegada y la instauración, probablemente definitiva, en el Sporting del futbolista alfabetizado. De un tipo de futbolista nuevo, muy distinto a prácticamente todos los anteriores, que tiene que ver con la España del yogur y no con la de posguerra, o la de Franco. El paso de Sion a Ablanedo marca claramente esa transformación. De todas las figuras nacionales que haya



EMILIANO ALONSO

dado el Sporting, Ablanedo es la primera claramente alfabetizada. Alfabetización que se nota en todos los niveles, superficiales o profundos. En el atuendo. En los hábitos. En el estilo. En el tipo de vida privada. Y, sobre todo, en el tipo de entorno social en que se mueve (tiene hasta una suegra que escribe libros, buenos o malos, libros), en el tipo de preocupaciones culturales, políticas, o en los niveles de cultura y estudio. Como Butragueño, como muchos otros deportistas, sobre todo baloncestistas, Ablanedo es, por estilo, carácter, ideas, entorno, posición social, la representación de un nuevo tipo de deportista-futbolista, que es, para bien y para mal, fruto de la alfabetización del fútbol y del deporte.

Ablanedo representa, ade-

más, mejor que ninguna otra de nuestras figuras legendarias, a Gijón. Tanto él como Gijón viven marcados por un mismo drama: a los dos les faltan diez centímetros. Les falta, al margen de las calidades que tienen, un poco de estatura. Lo que es un elemento decisivo en su historia, desarrollo, importancia y situación. Es, para ambos, como un destino que los arrastra y que los marca desde hace años. Con diez centímetros más lo serían todo. Sin esos diez centímetros, lo único que se nota son los centímetros que faltan. Esa clave explica también el especial amor que le dispensa el público de casa (en El Molinón, para referirse a él, la gente dice siempre el «porterín»): le aman de la misma forma y con la misma intensidad, con la que aman a Gijón, a la

que también le faltan centímetros. Por culpa de esos diez centímetros, le rechazó, primero Boskov, que no era de Gijón. Por ellos le rechazó después, Beenhakker, que tampoco era de Gijón. Y tuvo que venir un entrenador calvo de Gijón para entender dónde estaba el drama del portero, y decir que, con centímetros o sin ellos, Gijón es Gijón, y Ablanedo, Ablanedo. Y a partir de ahí cambió ya todo. Excepto fuera de Pajares.

Calidad maciza

Pero en Ablanedo se da una tragedia de «modernidad» de tipo diferente: una concepción premoderna y anticuada de la calidad y de la relación entre calidad y triunfo. Mientras la época tiene una idea y una concepción «light» de la calidad, Ab-

nedo la tiene «heavy». Por decirlo así Ablanedo, es un cocinero de fabadas para una época que quiere comida rápida y hamburguesas. En una época de formica, la calidad de Ablanedo es maciza. Y se nota una fe, desfasada, conservadora y excesiva, en bienes, profesionales, sociales y éticos (como se vio muy claro, por ejemplo, en el conflicto con Hugo Sánchez), de calidad, y en los bienes de la calidad, además de una desestimación, premoderna, de lo que no será oro molido. Por otra parte, en las épocas premodernas, el valor que decidía y determinaba el triunfo, profesional y social, era la calidad. Con la posmodernidad descafeinada, la relación entre calidad-triunfo casi se ha invertido y la calidad más que la causa es casi, casi, la consecuencia del triunfo. El triunfo no llega, ni necesaria ni primordialmente por la calidad sino por el «marketing». Como se demostró hace ya muchos años con El Cordobés. A la calidad maciza de Ablanedo le falla el «light», el cultivo de una imagen, publicidad, sentido del truco o del engaño, y así sucesivamente. Todo eso es hoy, a diferencia de otras épocas, un componente fundamental del triunfo. Esa carencia no es sólo personal sino también del entorno. Le falta, como le faltan por lo demás a la ciudad, las necesarias redes sociológicas. Le falta, sencillamente, un entorno potente, un «lobby», que le haga el trabajo en el contexto de opinión, que es lo que ofrece Madrid y las autonomías con personas y opiniones importantes.

Dentro de la tipología, pueden distinguirse tres tipos principales de porteros. El tipo-chopo, alto, sobrio, seguro, estático, caso de Iribar, Yashine, Banks, el mismo Zubizarreta o Zoff. El tipo-felino, que destaca por la velocidad y los reflejos, como sería el caso de Arconada. Y el tipo-cabra, ese tipo de portero espectacular y locatis, imprevisible, impredecible, irregular y arrebatado como sería el caso del famoso Sepp Maier, en parte de Pfaff, de Buyo o N' Kono. Dentro de esa tipología, que naturalmente no es la única, Ablanedo sería claramente un portero felino, con características muy similares en todo a las de Arconada, de una agilidad muy grande y con una intuición que uno no ha visto, que recuerde, nunca en ningún otro portero.

Hoy, por hoy, el Sporting es Ablanedo y Ablanedo es el Sporting. Con Gijón al fondo, y Madrid en el extrarradio. Para una cosa podría aprovechar Ablanedo su meritoria disponibilidad al servicio militar y ferroviario: para convencerse de que, en el mundo, la decencia vale para poco más que para ir a misa. Y la calidad para poco más que para colgarla de un cuadro. Quizá por el amor de una mujer y por salvar el alma valga la pena que a uno le claven ese cuadro. Pero el hecho es que el Madrid se llevó a Buyo, que era un locatis, y que nosotros seguimos meditando, al ritmo pop del Opus, que el hombre, y el portero, nacen para morir, para que los fusilen a penalties, y para convertirse en delantales y madre de un equipo. En una palabra, para sufrir, como Gijón y el Sporting, y no para triunfar como el Opus.